

I. ESTUDIOS

KAFKA Y LO KAFKIANO (Diario de un conferencista angustiado)*

Carlos Morand

8 de marzo — Alguien debió calumniarme. Sin haber hecho nada malo, dos desconocidos me visitaron muy temprano esta mañana con la orden de que dicte una conferencia sobre Kafka. Apenas alcancé a replicar “¡Pero si yo no sé nada de ese señor Kafka!”, cuando ya habían partido.

9 de marzo — Me comunicaron por teléfono que la fecha de la conferencia ha sido fijada, impostergablemente, para el 4 de agosto. Clamé: “¡Jamás he leído una sola línea de Kafka!”. Colgaron.

10 de marzo — Recibí un paquete que contiene las obras completas de Kafka: 832 páginas.

11 de marzo — He dejado de preocuparme. Sin duda el mandato de los desconocidos no pasa de ser una broma.

6 de la tarde — Me llegó la siguiente nota: “Recuerde: 4 de agosto, a las 19 horas”. Manuscrita, sin firma.

Quizás deba averiguar quién o quiénes me eligieron para que dicte la conferencia, por qué me eligieron, para qué, etcétera. Sin embargo estoy tranquilo. Sigo pensando que no pasa de ser una broma. Ja, ja. No hay razón para inquietarse. Todo se va a aclarar.

16 de marzo — Mis averiguaciones no han conducido a ninguna parte. Sin embargo estoy tranquilo. Falta mucho para el 4 de agosto. Tantas cosas pueden ocurrir de aquí a entonces. Una, que la orden no pasaba de ser una broma; dos, que no era una broma, pero los que me eligieron desistan al darse cuenta de que no soy la persona apropiada;

*La conferencia, fijada implacablemente para el 4 de agosto de 1983, a las 19 horas, en la sede del Goethe-Institut, consistió en la lectura de este Diario.

tres, que descubran que era otro al que buscaban para dictar la conferencia; cuatro, que la conferencia deba cancelarse porque descubrieron que Kafka nunca existió; que el pobre Franz de Praga y sus obras no eran más que una invención de un tal Max Brod; cinco, que también su albacea literario resultó ser apócrifo.

17 de marzo — Recibí un mensaje: “Hemos distribuido mil tarjetas como ésta”. La muestra dice: “Carlos M. saluda a Ud. atentamente y le invita a la conferencia que dictará el jueves 4 de agosto a las 19 horas. Tema: “Kafka y lo kafkiano”. Se le anunciará el lugar oportunamente”.

Hojeo el volumen de las obras de Kafka: me siento como una oruga forzada a devorar un zapallo.

18 de marzo — Repaso una biografía ilustrada del señor K. Detenido examen de una foto de sus últimos años: el rostro triangular, de frente estrecha y mentón pequeño, maxilares rudos, óseos, orejas protuberantes y puntiagudas. La cara de un vampiro que medita sobre su próxima víctima. ¿Yo?

10 de abril — Rápida lectura de *La Metamorfosis*. Es el relato de un vendedor viajero que una mañana despierta convertido en un monstruoso insecto. Interesante historia, pero algo inverosímil. Primera vez que escucho de un caso así.

Emprendo la lectura del primer capítulo de *El Proceso*: “Seguramente se había calumniado a José K., pues, sin haber hecho nada malo, fue detenido una mañana”.

¡Extraña cosa!

“En ese momento llamaron a la puerta y entró un hombre que él nunca había visto en la casa. Ese personaje era esbelto, pero de aire sólido, y llevaba un traje negro y ceñido, provisto de un cinturón y de toda clase de pliegues, de bolsillos, de hebillas y de botones, que daban a esa vestimenta una apariencia particularmente práctica, sin que se pudiera comprender bien, sin embargo, para qué podía servir todo aquello”.

Yo tampoco lo comprendo. Salto a la última página. Párrafo final: “Uno de los señores acababa de agarrarle por la garganta; el otro le hundió el cuchillo en el corazón y se lo volvió a hundir dos veces más. Con los ojos moribundos, José K. vio todavía a los señores inclinados muy cerca de un rostro que observaba el desenlace mejilla contra mejilla. “—¡Como un perro! —dijo, y era como si la vergüenza debiera sobrevivirle”.

Muy interesante, pero, ¿qué esperan que uno pueda decir de todo esto?

17 de abril — Una noticia en el periódico me devuelve bruscamente al asunto de mi conferencia. Dice: “El secretario del Instituto de Ecología señaló que Santiago es ‘una ciudad sitiada por la contaminación ambiental’. Durante su intervención, el personero dijo que la situación es *verdaderamente kafkiana* (el subrayado es mío) pues ha originado el fallecimiento de numerosas personas por causas como insuficiencia respiratoria, ataques de asma y asfixia”. Esto me lleva a la conclusión que el término “kafkiano” sirve para describir los problemas de la salud.

19 de abril — Hasta ahora no he hecho más que divagar sobre el tema de mi conferencia. Pero me advierten que una conferencia que se respeta no debe estar compuesta de divagaciones. Debe ser orgánica, sistemática, coherente, lúcida, objetiva, diurna, meridiana, iluminadora, colmada de ideas geniales hasta el sadismo... y preparada con mucha anticipación.

Me ilustran el problema con una anécdota: J. tiene que dar una conferencia sobre Marcel Proust. Media hora antes del tiempo de iniciar la charla recién va en la primera lectura del segundo de los ocho volúmenes del mamotreto proustiano. Ya en el estrado, pausas de varios minutos entre frase y frase. En la sala, frotar de pies contra el piso, murmullos de impaciencia. Uno del público se levanta y abandona ruidosamente el lugar; otros no tardan en seguirlo. Los que quedan se echan aullando sobre el conferencista y lo despedazan.

25 de abril — ¿Qué puedo decir de Kafka que aún no ha sido dicho? He descubierto que en torno a este inquietante hombrecito que en vida publicó media docena de narraciones y esbozos, ha crecido una verdadera selva crítica. Un inventario bibliográfico incluye la friolera de 1.500 trabajos. ¿Qué puedo, entonces, decir de Kafka que aún no ha sido dicho? Para saberlo, y no incurrir en repeticiones que pondrían en peligro ¿sólo mi prestigio? debo primero informarme de todo lo que se ha escrito sobre él y su obra.

Poseído de un verdadero anhelo faústico, me resuelvo a la tarea de reunir y leer cuanto trabajo exista.

27 de abril — Me pregunto si la orden de preparar esta conferencia sobre Kafka no fue algo determinado, o que yo mismo determiné, en los ocultos días de mi infancia.

Cuando aquella mañana los desconocidos pronunciaron el nombre de Kafka pensé que se referían al veterinario de los perros de mi casa. Pues Kafka se llamaba aquel señor; el doctor Kafka. Tenía yo seis años. “¿Vamos a ver a Kafka?”, le preguntaba mi padre al Gran Danés negro,

y el Gran Danés negro agachaba las orejas y gruñía. “¿Vamos a ver a Kafka?”. Porque eran los perros quienes debían visitar a su médico; éste nunca iba a casa. Por eso el doctor Kafka no pasaba de ser un nombre para mí. Un día, sin embargo, el doctor Kafka vino a casa. Era de noche. Yo estaba acostado, listo para dormirme. De pronto, voces en la sala; luego, pasos en la escalera. La puerta de mi dormitorio estaba entreabierta. Una sombra se proyectó fugazmente contra uno de los muros de mi cuarto. Eso fue todo lo que alcancé a ver del doctor Kafka.

Quien dice que de haberle visto la cara aquella noche, hoy no estaría obligado a sufrir la lectura de la obra de su homónimo.

10 de junio — He logrado reunir mil setecientos treinta y dos estudios sobre K. El entusiasmo causado por este primer triunfo me decide a titular mi conferencia, “Todo lo que usted siempre quiso saber sobre Kafka y nunca se atrevió a preguntar”.

16 de junio — He leído los trabajos que están en español, inglés y francés. Lleno de entusiasmo paso a los escritos en alemán, pero caigo en la cuenta de que no sé alemán. Resuelvo estudiar alemán.

19 de junio — Hoy tuve mi primera clase de alemán. *Ja, Nein, Ich bin, du bist, Gutten Morgen*, etcétera.

21 de junio — Abandono el estudio del alemán. Además, he descubierto que el resto de los trabajos sobre Kafka están en ruso, checo, italiano, finés, húngaro, malayo, japonés, chino, malgache, árabe, holandés, escandinavo, suajili, indonésico, hebreo, flamenco, armenio, esquimal, bretón, vasco, corso, lituano, mongol, griego, calabrés, polaco, búlgaro, gaélico, sardo, esperanto...

Busco en las Páginas Amarillas la dirección de un profesor de suajili.

22 de junio — Abandono la idea de titular mi conferencia, “Todo lo que usted siempre quiso saber sobre Kafka...”, etcétera.

23 de junio — Emprendo la lectura de *El Castillo*.

25 de junio — De las primeras páginas de una introducción al estudio de la obra de Franz Kafka: “Si fuera posible apreciar la grandeza de un autor por el número de interpretaciones que haya soportado su obra, Kafka sería el escritor más extraordinario de todos los tiempos. Sin duda lo es en más de un sentido, pero esto ocurre a pesar de la pasión y el esfuerzo de sus intérpretes. Ni el arte de Proust ni el de Joyce —para citar dos contemporáneos suyos— han logrado movilizar tamañas legiones de exégetas que se contradicen y se libran enconadas batallas. Para algunos, por ejemplo, la mayoría de los cuentos cortos de Kafka

encaran en forma simbólica la extraña figura del padre y de su posición en la familia. Del mismo modo que, según unos, *El Castillo* es una transparente crítica a la organización jerárquica de la Iglesia Católica romana, cuyo vértice está en los inaccesibles rincones del Vaticano, o simboliza las intrigas de los jesuitas, según otros —que a veces son los mismos— hay indicios de homosexualidad en ciertas situaciones centrales de la obra”.

Por lo que se puede ver, el juicio de estos caballeros se obstina en matar a Kafka a fuerza de comprenderlo. Y acaso para contribuir un poco a la confusión general, no sólo me han ordenado que entre en la torre de Babel sino que aporte al edificio un ladrillo o dos.

26 de junio — El tiempo se acorta, se estrecha, se ciñe en torno a mí, triturándome.

27 de junio — ¿Qué es, a fin de cuentas, “lo kafkiano”? Decido consultarle a mi vecino de arriba, sujeto muy letrado y con estudios universitarios en el campo de las Humanidades. Le interrogo: “¿Qué entiende usted por “kafkiano”?”. Me responde en el acto y a quemarropa: “Hacer tramitar un expediente de jubilación”.

30 de junio — Creo que estoy en el centro de una violenta confusión. Para escapar de esto que me afecta, y que acaso no es más que un pasajero desorden magnético, leo algunas páginas de *Catch 22*, la novela del norteamericano Joseph Heller. Los pilotos de un escuadrón de bombarderos deben realizar diariamente verdaderas misiones suicidas. El que desee eximirse puede acogerse a un artículo del reglamento: sólo necesita declarar que se halla loco. Pero declarar que se halla loco significa que no está loco, pues el loco no tiene conciencia de su locura, por lo tanto deberá realizar más misiones aéreas, pero estaría de verdad loco si volara en más misiones y cuerdo si no lo hiciera, pero si está cuerdo tendría que volar en más misiones, pero si lo hiciera estaría loco y no tendría que hacerlo, pero si no quisiera hacerlo estaría cuerdo, por lo tanto tendría que volar en más misiones...

Para descansar de *Catch 22* leo *Alicia en el País de las Maravillas*. “¡No, no! —gritó la Reina de Corazones—. Primero la sentencia, después el juicio”.

Para descansar de *Alicia* vuelvo a Kafka.

1 de julio — Estas últimas noches he tenido un sueño en el que me veo convertido en lápiz. Un enorme sacapuntas me persigue.

2 de julio — Mi vecino de arriba insiste en que lo acompañe a tramitar su expediente de jubilación. Grita: “¡Tiene que acompañarme! ¡Quiero

que vea de cerca lo que es eso!”. “Ver de cerca” significa que siga con él todo el proceso, día a día. Rechazo su invitación con buenas maneras. Empiezan entonces los llamados telefónicos, los golpes en mi puerta: “¡Tiene que acompañarme! ¡Quiero que vea de cerca lo que es eso!”. A medianoche, a las dos de la mañana, a las cinco...

4 de julio — Falta un mes para la fecha de la conferencia. Hastiado de leer a Kafka y sobre Kafka y en torno a Kafka, y de rebanarme los sesos pensando en qué se entiende por “kafkiano”, decido oxigenarme los pulmones del alma esbozando un cuento que trata de un hombre que todas las noches, sin faltar una, sueña que se ha convertido en lápiz y no para de perseguirlo un enorme sacapuntas.

6 de julio — Hastiado de escribir sobre el señor convertido en lápiz, cansado de correr para eludir el sacapuntas, trato de oxigenarme los pulmones del alma volviendo a Kafka... mejor dicho, a la conferencia sobre Kafka. Poco menos de un mes falta para el plazo de presentarme ante mi auditorio; un auditorio que imagino ávido de definiciones y análisis, ávido de escuchar una explicación clara y rotunda de qué se entiende por “kafkiano”.

7 de julio — Mi vecino de arriba no para de insistir que lo acompañe a presenciar los trámites de su expediente de jubilación. “¡Debe conocerlo en carne propia! ¡En carne propia!”. Su último llamado telefónico fue a las 4 y media de la mañana.

8 de julio — Copio para usarlo en la conferencia: “Un crítico afirma que el sentimiento de absurdo que produce el relato kafkiano en el espíritu del lector se basa en la mutilación de un solo aspecto de la realidad. En *El Proceso*, un hombre anónimo (no se proporciona detalle alguno de su familia, su adolescencia, su vida anterior), que se llama simplemente José K., se entera de que está acusado. Jamás sabrá de qué delito o qué crimen se le imputa; va a buscar a un abogado, se informa, deambula, y nunca llega a encontrar al juez encargado de instruir su proceso. Circula entonces por una Praga fantasmal, se hace recomendar por su casera ante las autoridades judiciales, se pasea, investiga respecto a su proceso, sin saber cuál es el motivo de la acusación. Luego, cada vez más inquieto, multiplica los trámites, en una especie de fiebre progresiva, hasta ser ejecutado, sin proceso y sin juicio, en un terreno baldío por dos desconocidos”.

9 de julio — Transcribo el sueño que tuve anoche. Me hallo en un país extranjero donde me persigue la policía secreta. Corro hacia la estación de ferrocarril y alcanzo a tomar el tren que va partiendo. En el momen-

to de trepar al coche, veo que los policías han llegado. Son dos hombres de civil. Llevan un traje negro y ceñido, provisto de un cinturón y toda clase de pliegues, bolsillos, hebillas y botones, que dan a la vestimenta una apariencia particularmente práctica. Los policías empiezan a pedir los documentos de identidad. Cuando me exigen el mío recuerdo que en el bolsillo guardo dos pasaportes, uno de los cuales es falso. Le entrego uno al policía. Mientras el hombre compara la foto con mi cara (en la foto aparece un rostro triangular, de frente estrecha y mentón pequeño, maxilares rudos, óseos, orejas protuberantes y puntiagudas, como la cara de un vampiro), me doy cuenta de que le he entregado ¿deliberadamente? el pasaporte falso.

10 de julio — “Todo es coherente en *El Proceso* y todo es conducido por la terrible lógica de una obsesión, lo que hace a José K. un condenado de antemano. Y sin embargo, toda la novela se basa en un postulado inverosímil: el de que José K. nunca se pregunta de qué se le acusa, ni por quién, ni por qué, ni echa todo al diablo cuando empieza a descubrir que el aparato judicial que lo persigue es una pura fantasmagoría.

“Algo semejante ocurre en *El Castillo*. El agrimensor K. llega a una aldea distante a cuatro kilómetros del dominio que solicitó sus servicios. Al llegar se entera de que es difícil entrar en el castillo. La reja no está abierta, los amos del castillo se encuentran a menudo ausentes. En realidad, nadie los conoce. Así prevenido, puesto en guardia, desconcertado, K. se queda en la aldea, se corrompe en ella, se enmohece, encuentra aventuras, esperando siempre un medio de entrar en comunicación con esos inverosímiles empleadores que han llamado y citado, pero hasta los cuales parece imposible llegar.

“El malsano embrujo de esta novela reposa en un dato arbitrario: todo hombre llamado “normal” y que se encontrase en la situación de K., haría a pie los cuatro kilómetros que lo separan del castillo, trataría de forzar o escalar la verja, e iría a exigir explicaciones. Pero K. jamás hace tal cosa; ni siquiera piensa en ello. El universo absurdo de Kafka se basa en una mutilación de la realidad: a sus personajes se les arrebató la reacción “normal”. K. y José K. se parecen a todos los hombres, salvo en un punto: son como esos animales de laboratorio en quienes un biólogo ha practicado cierta encefalotomía que les elimina un reflejo”.

11 de julio — Anoche me despertaron gritos y portazos. Venían del departamento de arriba. Entre las voces reconocí la de mi vecino. Me levanté y fui a asomarme a la puerta. En ese momento pasaba en bata y pijama, llevado casi en vilo por dos hombres vestidos de negro. “¡Mi jubilación —gritaba mi pobre vecino—. ¡Mi jubilación!”. Y mientras lo

metían en la ambulancia que aguardaba en la calle: “¡Hasta cuándo me tramitan! ¡Hasta cuándo...!”.

Como no pude seguir durmiendo, aproveché de retomar mis lecturas.

12 de julio — ¿Qué es, en definitiva, *lo kafkiano*? ¿Cómo explicarlo... si es posible explicarlo? ¿Dónde está, dónde se manifiesta... si en alguna parte se manifiesta?

28 de julio — Faltan ocho días para la conferencia. Desde mañana me pongo a trabajar en el texto. Desde mañana me entrego a reflexionar metódica, responsablemente, sobre la noción de “lo kafkiano”.

En la costa. Sin fecha — Después de almuerzo fui a dar un paseo por las rocas. Me senté a contemplar las aguas reverberantes, en un sitio donde anidan los pájaros marinos. En eso estaba cuando se me ocurrió mirar por encima del hombro. Parado en el roquerío, que forma una especie de terraza, un gran jote me observaba a pocos metros. Rato después volví a mirar: el animal se había movido, avanzando un poco hacia mí. Al rato miré nuevamente, para advertir ahora que se había acercado otro poco, lo que me pareció bastante extraño, pues, en general, estos pájaros, que pertenecen a la familia de los buitres y sólo se alimentan de carroña, huyen de las criaturas vivientes.

Me quedé aguardando, como si no pudiera evitar que el bicho saltara sobre mí para hundirme el pico en la garganta.

En Santiago. Sin fecha — Regreso de una visita al Museo del Tajar, que se halla a pocas cuadras de donde vivo. Me decidí finalmente conocerlo, luego de años de múltiples postergaciones.

Entré. Pero cuando me había detenido a examinar el primero de los objetos que ahí se exhibe, alguien comentó a mi lado que no alcanzaba a leer los letreros pues había olvidado en casa los anteojos. Me volví hacia la voz. El que acababa de hablar era un anciano de cara y patillas rojizas, boina y chaquetón negros, y unos ojos que me parecieron entre llorosos y acusadores, como si yo tuviese la culpa de que se hubiese olvidado los anteojos. Traté de eludirlo concentrándome en la exposición, pero el hombre continuaba hablando: que había nacido en 1918, que por entonces Santiago terminaba en la calle Miraflores, que era descendiente de cuatro mandatarios chilenos, que había descubierto no sé dónde cierto tipo de greda que era más dura que el cemento... No le daba descanso a la lengua, y yo, por más que lo quisiera, no lograba pasar de la primera muestra de los objetos que se exhiben.

Abandoné el Museo perseguido por la cháchara del viejo, sin poder ver nada, después de tantos años de esperas y postergaciones.

Mientras esto escribo pienso que no debo intentarlo nuevamente. Visitar el Museo, me refiero. Quizás mi oportunidad había pasado hace mucho tiempo sin yo saberlo, y ahí estaba el viejo para advertírmelo.

No sería extraño que el viejo asista también a la conferencia.

31 de julio — Anoche soñé que me dirigía a dar la conferencia en un sitio que me habían señalado de antemano pero sin precisar su ubicación. Mientras vagaba loco de impaciencia por las calles, el profesor R. surgió de entre la multitud para indicarme el camino. El lugar resultó ser la Catedral Metropolitana. Todos los bancos se hallaban ocupados. Crucé lentamente el pasillo central, saludando a derecha e izquierda. En el fondo de la nave, en vez del altar mayor, se levantaba la tribuna, cuya arquitectura hacía evocar la magnificencia de un púlpito. Trepé por la escalera lateral, enfrenté a mi auditorio —un auditorio de expresión voraz—, abrí la carpeta y saqué un fajo de papeles. Todos me miraban fijamente. Cuando bajé la vista a los papeles descubrí que estaban en blanco; me percaté también de que me hallaba totalmente desnudo. En la nave se había producido un ambiente de colmena. Los de las primeras filas se habían puesto de pie y avanzaban hacia el púlpito.

Desperté cuando un grupo trepaba por la escalera y se echaba sobre mí, aullando.

1 de agosto — De un párrafo encontrado al azar: “Las ficciones de Kafka no son productos nocturnos; justamente comienzan cuando acaba la noche. Gregorio Samsa, al despertar un día, se palpa como si fuese víctima de una pesadilla, pero el escarabajo en que aparece convertido es perfectamente real. José K., también al levantarse una mañana, es detenido... Querer caracterizar las obras de Kafka diciendo que son sólo elaboraciones de sueños extraños y enigmáticos sería no sólo insuficiente, sino además erróneo. Kafka no describe fantasmagorías, ni relata recuerdos de sueños. Lo que describe es la existencia real, vivida despierto y de manera inmediata, por muy impenetrable, inexplicable y absurda que esta existencia sea. Desgraciadamente —diría Kafka— la vida no es un sueño, aun cuando es tan abstrusa y fantástica como un sueño. La vida no es una alucinación, sino la realidad diáfana, helada, implacable e inmodificable en que nos encontramos al despertar del sueño, como se encuentran también muchas de las figuras principales de Kafka al comenzar su historia”.

La realidad diáfana, helada, implacable e inmodificable, como el día, la fecha, el lugar y la hora en que un pobre mortal debe dictar, sin haberlo pedido, una conferencia sobre... Kafka.

2 de agosto — Acabo de recibir la siguiente comunicación: “Preséntese con el texto de su conferencia, antes de las 19 horas del día 4 de agosto, en el lugar que le indicaremos...”.

3 de agosto — ¿Qué es, en definitiva, *lo kafkiano*? Mañana es el fatídico 4. Debería empezar a reunir mis notas y ponerme a redactar el maldito texto.

Me digo: mañana a esta misma hora me hallaré frente a mi auditorio.

Me digo: mañana a esta misma hora todo estará terminado.

4 de agosto — Después de un sueño intranquilo he despertado convertido en un monstruoso insecto. Observo con horror que no he escrito ni la primera línea de la conferencia y que no tengo ánimo de hacerlo. Me muevo pesadamente por la casa, me dejo caer en los sillones, no tengo apetito. Le he leído al periódico hasta los avisos económicos, sin omitir la página de las defunciones.

¿Qué es, en definitiva, *lo kafkiano*?

El lugar, la atmósfera y el público de una conferencia son como la sala de un tribunal donde el conferencista es un acusado que lee sus descargos y apela a la clemencia de los jueces. El conferencista es culpable de ignorancia mientras no pruebe lo contrario y todo lo que diga puede ser usado en su contra. O también: “¡Primero la sentencia, después el juicio!”, gritó la Reina de Corazones. O también: “La ejecución precede a todo lo demás”.

¿Qué es, en definitiva, *lo kafkiano*?

18:15. Me preparo a partir. Llevo conmigo un puñado de papeles, todo lo escrito hasta ahora, las páginas de este Diario. ¿Qué ocurrirá? ¿Me absolverán? ¿O se me echarán encima para matarme como a un perro?

Me pongo en marcha.